

NICOLAS LASAIGUES

Recorriendo el laberinto



Andronic©

NICOLAS LASAIGUES

Recorriendo el laberinto

Lasaigues, Nocolás
Recorriendo el laberinto. - 1a ed. - Buenos Aires : Andronico, 2008.
64 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-22593-9-6

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 04/11/2008

EDICIONES ANDRONICO

Pareja 2977 (1419)
Buenos Aires, Argentina
info@edicionesandronico.com.ar
(011) 4712-7604

Cómo

La casa estaba dormida. No había un solo movimiento. En la cocina podían verse platos recién lavados, todo estaba en orden. Todo... Salvo una de las habitaciones.

La cama de dos plazas estaba desecha, con el cobertor caído en uno de los costados. Los veladores estaban prendidos y daban cierto color ocre a la blanca pared. La televisión estaba apagada y el sol empezaba a mostrarse en el horizonte.

La pareja se encontraba en medio de una danza estática, sus cuerpos sin movimiento, propietarios de una belleza especial...

Ella tenía cabellos oscuros y una boca no muy carnosa, pero lo suficiente para que cualquier hombre la deseara. Los pechos, ahora desnudos, eran dos esferas perfectamente redondas, coronadas por el rosado pezón. Su cintura, un poema entre el pecho y las caderas. Las sabanas tapaban el resto.

Él tenía puesto un pantalón gris y el pelo corto, castaño. Totalmente lampiño, se notaba que era o había sido cliente de algún gimnasio, porque tenía un físico trabajado. Estaba acostado encima de las sabanas, sin protección alguna.

Lo único que hacía extraña la escena, eran los seis agujeros que él tenía: Cinco en el pecho, y el sexto en la cabeza. Los disparos habían sido aleatorios: No marcaban puntos específicos. Creo que ninguno le dio en el corazón. El hoyo en su cara estaba cerca del ojo izquierdo y desfiguraba levemente su rostro.

Con ella, el trabajo había sido completamente diferente: Un corte cruzaba todo su cuello, pero ese sólo había sido el final. Antes había recibido múltiples punzadas en todo el pecho y la espalda. La escena dejaba ver la violencia y la resistencia de los participantes. Las sabanas, ahora rojas, se mezclaban con ellos. Las paredes estaban apenas salpicadas.

Yo estaba en cuclillas, a pocos pasos de la puerta. Observando, solo observando; tomando notas mentales.

Entonces escuché el crujir de la madera del piso a mi espalda.

Ahí estaba, parado. Sus ojos abiertos de par en par, miraban sin mirar. Su estatura era baja, su pelo oscuro pero brillante caía hasta casi

tocar los ojos. Yo lo miraba con asombro. Cuando recorrí la casa no lo vi. No entendía de donde había salido. Vestía unos pijamas celestes con unos dibujos. Sea como fuere, el niño estaba ahí parado, mirando lo que quedaba de sus padres.

¿Alguien puede decirme cómo se le explica esto a un niño? Sus ojos, perdidos en ningún punto, empezaban a llenarse de lágrimas. No movía ningún músculo. Su boca, apenas abierta, ayudaba a que respire. No estoy seguro de si comprendía, pero veía en su cara su amargura, su angustia. ¿Podía entender que...? Parecía que sí, no sé... ¿Cómo? ¿Cómo se le hace entender que...? ¿Cómo se le dice? Que tiene, ¿5 años? Yo lo miraba, atónito. Él... Miraba al vacío. Sus ojos dejaron caer las primeras lágrimas.

Yo no pude moverme; tan solo lo observaba. No tenía palabras. No conocía las palabras.

¿Cómo se le explica? Yo no puedo...

La vista se me nubló un poco por las lagrimas que se iban acumulando. De mi ojo izquierdo cayó la primera. Mientras rodaba por la mejilla, saqué el cuchillo aun ensangrentado del bolsillo. Mi mano sintió su peso. Me acerqué lentamente y, por primera vez, me vio. Su cara lo dijo todo.

Una lágrima cae ahora desde mi ojo derecho en una danza íntima. Empiezo a escuchar la música y no puedo evitar sonreír.

El sol se refleja en el cuchillo y este da un destello. El niño mira la hoja y sus ojos se abren levemente; se nota el miedo en su respiración... Y yo no puedo dejar de sonreír.

Pienso: “Lo voy a disfrutar, voy a hacerlo bien lento”.

¿Saben qué? Hoy, soy feliz.